

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Daniel Quesada, *Saber, opinión y ciencia*, Ariel, Barcelona, 1998.

Es éste un libro de teoría del conocimiento extremadamente útil para quienes quieran iniciarse en este ámbito de la filosofía, ya sean estudiantes preuniversitarios, universitarios o profesores de enseñanza secundaria que quieran introducir sistemáticamente este estudio en los cursos de iniciación. Y es que la honestidad y claridad del texto permiten el acceso sin peaje de erudición superflua a todas las mentes despiertas que deseen seguir el hilo de los argumentos.

El texto consta de cinco capítulos, enriquecidos de varios apéndices sobre cuestiones adyacentes. En los capítulos I y II se presentan las principales posiciones epistemológicas (coherentismo, fundamentismo, fiabilismo y escepticismo), el III se dedica a la filosofía de la percepción, el IV a la distinción clásica entre verdades de razón y de hecho y el V estudia el conocimiento científico. Combinando el enfoque sistemático con el histórico desde una óptica realista, este volumen viene a ser para la literatura analítica en lengua castellana al menos lo que los manuales de Rábade Romeo eran para la literatura de corte continental española correspondiente. Más aún, son cuatro las características que sitúan la obra de Quesada en una mejor posición teórica, a saber, la transparencia y el rigor argumentativos, la vigencia y la pluralidad expositivas, sin servidumbres neokantianas o análogas.

Es importante notar que la dirección que toma este libro resalta sobre todo la actualidad de la filosofía moderna y no siempre se orienta hacia la más reciente filosofía contemporánea. Para algunos de nosotros hubiera resultado interesante el estudio de posiciones epistemológicas de rabiosa actualidad como la teoría de Millikan que no es ni fundamentista ni holista o el “fundherentismo” de Haack, cuestiones que, sin duda, están necesitadas

en nuestro país de un extenso tratamiento pormenorizado que alcance a los estudiosos no anglófonos de la filosofía.

Con el fin de orientar al lector potencial, comentaré algunos de los puntos considerados en el libro. En el primer capítulo se estudia la relación saber-opinión a partir de la relación *episteme-doxa* en la *República* y el *Teeteto* platónicos, estudio que permite introducir el criterio paradigmático de saber como creencia verdadera justificada. La insuficiencia de esta concepción tradicional —que Gettier explicita en el ámbito contemporáneo (pp. 61–65)— supone un voto a favor del fiabilismo, posición epistemológica que renuncia al elemento normativo de la aproximación clásica en favor de la exigencia de que una creencia, para constituir saber, sea adquirida por procedimientos causales fiables. La explicación de Quesada —y éste es otro mérito destacable en el libro— no cae nunca en el escolasticismo que pondría en peligro la paciencia del bisoño voluntarioso. No obstante, hubiera sido muy grato para quienes hurgamos en la abigarrada bibliografía de los *papers* sobre epistemología que algunas cuestiones específicas centrales en el debate contemporáneo se plantearan en los apéndices, como se hace en el apartado I.3 sobre el fiabilismo. Pienso, por ejemplo, en la conveniencia de abordar las diferentes variantes del coherentismo (y sus relaciones con distintos tipos de holismo) o en la cuestión del supuesto privilegio epistémico de la introspección, que encajarían bien como apéndice del capítulo I y prolongación del apéndice III.2, respectivamente.

En el capítulo segundo se aborda el tema del escepticismo, aunque no para dar cuenta de sus diversas modalidades, sino fundamentalmente para desarrollar un análisis bastante pormenorizado del argumento cartesiano del genio maligno y recordar las estrategias básicas de su superación. En el mismo camino de la búsqueda cartesiana de la certeza se halla el realismo representacionista lockeano, cuyo análisis crítico se ofrece en el tercer capítulo, que se ocupa de la noción de percepción. Quesada matiza (nota 3, p. 140), contra una interpretación muy frecuente derivada de Putnam, que en la teoría de Locke de sus *Ensayos* la relación entre la representación y lo representado no es necesariamente de semejanza, sino causal (la representación, por tanto, es un índice, no un icono). Denuncia, así, una tendencia muy común en la exégesis del empirismo británico moderno: en-

tender esa relación como relación de similitud supone cometer la falacia del testaferrero con el pensamiento lockeano.

Como explica el autor, a pesar de las deficiencias internas del realismo representacionista (expuestas directa o indirectamente por Berkeley, Reid o el segundo Wittgenstein) esta teoría es un muerto que goza de buena salud, sobre todo entre psicólogos del estilo de Irving Rock, quienes por un lado insisten en la fidelidad de la percepción y, por otro, piensan que el papel activo de la mente en ella sugiere “distorsión o falseamiento de la realidad” (p. 171). La proximidad entre el realismo representacionista y el fenomenismo se muestra en el hecho de que este último se puede ver como conclusión metafísica de dos tesis lockeanas: la concepción ideacionista del lenguaje (que los significados de los términos lingüísticos son ideas) y la tesis epistemológica del saber como certeza. De ellas se sigue la tesis metafísica del mundo como esencialmente dependiente de la mente, la postura fenomenista berkeleyana. Ahora bien, esta lectura tiene como corolario que la postura de Locke es esencialmente inconsistente, dado que este empirista rechazaría la conclusión metafísica aun aceptando la tesis ideacionista y la epistemológica. Aun reconociendo la coherencia de esta línea de argumentación, quizá fuera recomendable, haciendo gala del conocido principio de caridad interpretativa, intentar ofrecer una lectura de Locke en la que se le viera como algo distinto de un berkeleyano inconfeso. Probablemente en este esfuerzo interpretativo se hubiera de echar mano de alguna premisa teológica, algo previsible dado que su filosofía es un afluente cartesiano.

Vale la pena advertir que la crítica a la tesis de que el contenido de la percepción es mental la presenta Quesada de la mano de Thomas Reid (pp. 157–165), un autor tan respetado en el mundo anglosajón como desconocido en nuestro país, por lo cual resulta doblemente útil la referencia en este texto a sus aportaciones teóricas, algunas de las cuales son moneda de uso común entre todos los estudiosos, como la distinción sensación/percepción.

En el capítulo cuarto se aborda la distinción epistémica *a priori/a posteriori*. Al menos una observación resulta pertinente. Quesada se expresa al respecto en los siguientes términos: “la verdad de una proposición es conocida *a posteriori* cuando se recurre a la experiencia empírica para justificar ese conocimiento” (p. 197). Ha de resultar claro que, aunque no se precisa así,

ésa no es la definición que un kantiano podría aceptar, ya que aunque para Kant la distinción se formula, efectivamente, para proposiciones (juicios) y no para enunciados, no admitiría (1) que el sujeto de referencia fuera el sujeto empírico, sino el trascendental (que puede verse, no como un superente, sino como una estructura abstracta), ni (2) que la distinción fuera de *tacto* y no de *iure*. Realmente, Kant no deja abierta la posibilidad de que haya un sujeto que pueda probar la verdad de una afirmación *a posteriori* independientemente de la experiencia, porque si es realmente *a posteriori* su prueba requiere por definición siempre de ella. Quesada parece ofrecer su aproximación desde posiciones filokripkeanas, donde la adjetivación epistémica es relativa a un sujeto empírico.

En el quinto y último capítulo sobre relativismo en filosofía de la ciencia y la posición sociologista del “todo vale” se defiende el realismo, aunque no en la línea infalibilista tradicional del racionalismo o el empirismo modernos. Aquí Quesada apunta hacia la idea naturalista de la teoría del conocimiento como un ámbito no discontinuo respecto de la ciencia que, sin embargo, no es estrictamente parte de la ciencia natural, debido a su carácter esencialmente normativo. Es ésa una posición metafilosófica que me complace compartir con el autor, lejos de aquella concepción de la filosofía como preciencia que, si mi memoria de antigua alumna no me falla, alguna vez defendió en aquellas aulas donde descubrí la belleza de la buena argumentación analítica, la que el probo lector puede también reconocer en este texto que acabo de reseñar.

MONTSERRAT BORDES SOLANAS

Rosa F. Martínez Cruzado, *Fundamentos de lógica simbólica: el cálculo de deducción natural*, Hato Rey, Puerto Rico, Publicaciones Puertorriqueñas, 1998, xii + 273pp.

Empiezo por decir que, a mi parecer, este libro es muy bueno. Y como explicaré, no es sólo bueno como libro de lógica simbólica, sino que es además un trabajo importante. Cabe decir que introduce una disciplina que, hoy en día, es importantísi-